

Carlos Fuentes, embajador cultural de México

Por Araceli Ardón (LCC'83)

Carlos Fuentes, intelectual de excepción, ha tenido la tarea de inaugurar la Cátedra Alfonso Reyes, que convoca a escritores cuya obra es de vital importancia en el actual momento histórico.

Tuve la fortuna de asistir a clases con el maestro Fuentes en Harvard, en 1984 y 1985. En aquel tiempo nos incitaba a crear literatura. "En los países latinoamericanos todo está por escribirse", decía. Era claro al afirmar que nuestros libros darían "voz a los silencios de la historia".

¿Cómo siente la producción editorial de los últimos años en América Latina, maestro?

Muy rica. Habría que hacer una historia sobre la evolución de la literatura latinoamericana en este siglo. Tenemos una gran base que son los grandes poetas que nos ha dado la lengua: Pablo Neruda, César Vallejo, Octavio Paz, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza... tenemos tantos mexicanos de gran calidad; los novelistas que antecedieron a mi generación, es decir, Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Juan Carlos Onetti, nuestros precursores. Luego vino el fenómeno del boom, con Vargas Llosa, García Márquez, Julio Cortázar, yo mismo, etcétera.

Más tarde, vino lo que yo llamo el boomerang, formado de una manera muy llamativa por una enorme cantidad de escritoras que han aparecido por todo el continente. Y no sólo mujeres. Es una pléyade de escritores, de novelistas, como no hemos tenido antes en nuestra historia, de una riqueza y una variedad absolutamente asombrosas, que son menos conocidos de lo que fuimos nosotros, en los años sesenta y setenta, es cierto. ¿Por qué?, porque nosotros contamos con un aparato de distribución de primer orden, radicado en Argentina. A partir de Argentina, en los años cincuenta y sesenta, se logró una gran distribución de la nueva novela latinoamericana. Vinieron las dictaduras militares en el Cono Sur: Chile, Argentina y Uruguay, y una de las cosas que pasó es que la decapitación de la clase intelectual por los militares condujo a la desaparición de estos sistemas de distribución. De tal suerte que hoy un novelista nuevo no tiene la ventaja que tuvimos nosotros de ser inmediatamente distribuidos en todo el continente. Dependemos cada vez más de las editoriales españolas, de su propia capacidad de distribución.

Pero la riqueza de la literatura está allí. Sería verdaderamente interminable la lista de los excelentes escritores que hay en toda América Latina en este momento.

En aquellos años, nos explicaba el proceso de creación de Cristóbal Nonato, que lo llevó a investigar las sensaciones



y vivencias de un feto en el vientre materno; años antes, había hecho un estudio concienzudo de los últimos momentos de la vida para escribir La muerte de Artemio Cruz. Su más reciente novela, Los años con Laura Díaz, tiene como protagonista a una mujer... ¿estudió para ello la naturaleza femenina, lo que significa ver el mundo desde la óptica de las mujeres?

La manera en que está escrita la novela es muy respetuosa al definir el personaje femenino, porque no me atrevo a asumir la primera persona; lo hago en tercera persona. Como Flaubert, que llegó a decir: "Madame Bovary soy yo", pero escribió la novela en tercera persona. Yo quise lograr esa conjunción muy específica que es la cruza del destino personal con el destino histórico. Ésta no es sólo la novela de una mujer sino de un siglo: empieza en 1868 y termina en 1968. Es una historia personal y colectiva al mismo tiempo, por eso sentí que debía escribirla en tercera persona. Pude haber hecho una obra mucho más íntima, pero no era el caso en esta precisa novela.

En Geografía de la novela y en otros ensayos habla de que la generación que precedió a la suya tenía una obsesión por la novedad. Menciona que usted encuentra como procedimiento en sus novelas, como hallazgo, esta convergencia entre el pasado y el futuro a través del presente. Incluso hay una frase sobre el tema en Geografía de la novela: "...el pasado puede ser la novedad más grande de todas". El curso sobre sus libros, que se impartía en la Universidad de Harvard, se titulaba La poética de la simultaneidad en la obra de Carlos Fuentes. ¿Cuál es su visión actual a este respecto?

Mire, si vamos a la raíz del problema, yo creo que vivimos siempre en el presente. Creo que el pasado es nuestra memoria en el presente y el futuro es nuestra aspiración en el presente también. Es decir que para mí no hay más que un presente. Y en éste se dan cita el pasado y el futuro. Dentro de cinco minutos, yo estaremos en el

futuro de este presente. De manera que la novela es un vehículo ideal para darle sentido a esa totalidad del tiempo.

Platón definió el tiempo de una manera insuperable, dijo: "Cuando la eternidad se mueve, es tiempo". Este movimiento de la eternidad es lo que llamamos el tiempo y la historia. Y ésta es la provincia elegida del novelista. Lo que pasa en América Latina es que durante tres siglos no tuvimos novela. La Colonia, como usted sabe, prohibió la importación de novelas, no se produjeron. Hay novela colonial, pero es muy pobre. De manera que no empezamos a escribirlos sino con Fernández de Lizardi, con El periquillo samiento, en 1820. Y una de las obsesiones de los novelistas del siglo 20 fue la de recuperar ese pasado, la de dar una visión épica, mítica a veces, utópica si usted quiere, de todo el pasado, de todo lo no dicho por la historia de la América Latina. Eso influyó mucho en la literatura de Carpentier, Borges, García Márquez y otros más jóvenes.

Es un problema superado, yo creo que ese cuento ya se contó y hoy lo que tenemos es una abundancia de novelas que tratan sobre la actualidad, sobre problemas personales, políticos o sociales de la actualidad. ¿Por qué?, porque ese pasado, que tanto nos preocupó a nosotros, yo creo que ya está asimilado.

Hace tiempo, en una reunión con el presidente norteamericano Bill Clinton en Martha's Vineyard, usted declaró que su novela favorita era Absalón, Absalón, de William Faulkner. Está claro, sin embargo, que su obra predilecta es El Quijote, lo que se puede derivar de su ensayo Cervantes o la crítica de la lectura. ¿Cuál es la obra contemporánea en español preferida de usted?

Lo de Absalón, Absalón se dio en una circunstancia muy peculiar. Estábamos cenando con Clinton, García Márquez, Stryon y yo. Clinton preguntó: "¿Cuál es su novela favorita?". Stryon dijo que Huckleberry Finn; García Márquez escogió El conde de Montecristo por una razón muy divertida, dijo: "Es la más grande novela de la educación. Ustedes meten en la cárcel durante veinticinco años a un pobre marinero iletrado de Marsella y sale sabiendo geometría, astronomía, tres lenguas muertas, siete lenguas vivas, altas finanzas... Sale sabiendo todo". Y yo estuve a punto de decir El Quijote —que es la verdad— pero como estaba Clinton presente, dije Absalón, Absalón para que nos hablara de Faulkner y del Sur. Fue una treta, pero Absalón, Absalón es una de mis novelas favoritas del siglo 20. En español, en ese siglo, tendría que presentarle un terceto, que serían

Rayuela, Cien años de soledad, Los pasos perdidos y... Sí, el póquer, Paradiso de José Lezama Lima.

En nuestros tiempos se está redefiniendo el concepto de educación superior, hay nuevos paradigmas, algunas universidades están pasando por crisis económicas muy difíciles. ¿Cuál es el lugar de las humanidades en esta redefinición de la currícula?

Las grandes universidades de Inglaterra y Estados Unidos cuentan con un enorme apoyo financiero de sus egresados, lo que no hemos sabido lograr en México y América Latina. Cuando vemos quiénes son los egresados, digamos de la Facultad de Derecho de la UNAM, son algunos de los hombres más ricos y poderosos que ha dado el país en los últimos cincuenta años. ¿Le han dado algo a la universidad? ¿Ha organizado algo la universidad para pedirles fondos a sus exalumnos? Creo que ahí habría una enorme posibilidad de financiamiento de las universidades, creando conciencia del deber de los antiguos universitarios de devolverle algo a su *alma máter*.

Yo creo que todos los que de alguna manera tenemos contacto con la vida literaria, con las humanidades, con las universidades, deberíamos hacer un esfuerzo para ir corrigiendo esa tendencia de relegar a las humanidades. Yo le voy a dar un ejemplo muy concreto: la Cátedra Alfonso Reyes, que es totalmente apoyada y financiada por el Tecnológico de Monterrey, y cuyo propósito es precisamente darle una dimensión humanista a los estudios que este Instituto ofrece. Y esto es una cosa en la que hay que insistir mucho, a medida que se aproxima el siglo 21, que va a ser un siglo que vivirá bajo el signo de la tecnología avanzada. Se tendrá que insistir mucho en que la tecnología, así como la economía, así como la política, están hechas para los hombres, no para la tecnología misma. De manera que, si no hay estudios humanistas, podemos estar ante una tecnología o un economicismo devoradores del ser humano.

Hay que insistir constantemente en que la economía esté al servicio de los seres humanos, de los hombres, de las mujeres, de los niños, de las familias, y no al revés. Lo dice de una manera muy concisa el primer ministro francés: "Vivimos en una economía de mercado, pero no en una sociedad de mercado". En esa dimensión de la sociedad, que no es de mercado, es donde el humanismo tiene un papel fundamental que jugar para frenar los excesos del mercado, para frenar los excesos de la tecnología, que sí pueden llevar a una deshumanización sumamente grave.

cuenta de que tener cultura no es sólo ir a un museo u oír una conferencia, sino que va más allá: significa comprender lo que se ve y escucha para trasladarlo al propio entorno. "Creo que el humanismo, en el sentido que la Cátedra lo entiende, es poder tener una cultura que incluya los valores generales del hombre: filosóficos, culturales, artísticos y sociales, dentro de un contexto en el que la regla es el mercado, la tecnología y la industria. Está muy bien tener una economía de mercado, pero está muy mal tener una sociedad de mercado; está muy bien contar con finanzas públicas sanas para que exista ese gran mercado, pero que no sea en detrimento de los hombres. Los valores de la humanidad y de los hombres están sobre cualquiera de sus actividades individuales. Se trata de que la ciencia y la tecnología estén al servicio del hombre y de su calidad de vida. Y por ésta debemos entender no sólo el confort, la cantidad de dinero y la capacidad de compra, sino mucho más: la posibilidad de adaptarse a un entorno, comprenderlo, no destruirlo, porque al hacerlo me destruyo", continúa Sealtiel Alatríste, "todo debe colaborar para vivir mejor en él y en este momento eso no se cumple".

Respecto al impacto que se busca con la Cátedra, Silvia Garza Garza señala que la comunidad en general tiene expectativas muy altas y que la respuesta hasta el momento ha sido de mucho apoyo y participación. Sin embargo, enfatiza que lo que se pretende lograr con este programa es brindar un espacio al pensamiento humanístico, ser un detonador para la reflexión desde una perspectiva humanista.

Por su parte, Alatríste afirma que desea que la Cátedra sea un espacio amplio de discusión que promueva la conciencia de la responsabilidad profesional frente a la colectividad en que se trabaja. "Me gustaría que las personas que está preparando el Tecnológico de Monterrey comprendieran que la filosofía enseña a pensar bien y que el éxito de las decisiones consiste en eso precisamente. Asimismo, que entendieran que los egresados del

Luisa Valenzuela afirma que

"...se tiene una visión

maniqueísta de la realidad:

la tecnología o el humanismo,

la intuición o la razón.

Cuando éstas son cosas

que siempre funcionan juntas".



▲ Silvia Garza Garza, coordinadora de la Cátedra Alfonso Reyes.